

---

## HIMNO A LA VIRGEN

---

Quiero entonar un canto de alabanza  
a la Virgen gloriosa:  
pero la humana voz ronca y medrosa  
mi ardiente amor a retratar no alcanza.  
Así el águila audaz al éter vago  
enamorada de la luz se lanza,  
y en el piélago inmenso sumergida  
las victoriosas alas estremece  
y a los humanos ojos desaparece.

¡Oh, si la voz grandísona tuviera  
con que la inmensa mar su queja exprime  
al golpear un polo y otro polo  
y el eco tiembla en la región sublime:  
si de todas las hijas de los aires  
tuviera la acordada melodía,  
cuando saludan el albor primero  
que baña el cielo al asomar el día;  
si la voz del arcángel inflamado  
en la increada Luz, cuando la gloria  
del que venció a la muerte y al pecado  
en su lira inmortal gozoso canta  
¡oh! nunca lograría  
cantarte dignamente, Virgen santa!

Va a apagarse mi lámpara nocturna.  
¡Yo velo solo aquí! y oigo el aliento  
del hijo mío que en su cuna duerme,  
como en su nido la paloma inerme.  
De su pecho el pausado movimiento  
con las oscilaciones armoniza  
de la espirante luz, que aclara ahora,

y ahora deja en sombra el cuadro bello,  
fijo en el muro, de la gran Señora.

¡Oh Virgen! he pedido ardientemente  
al corazón de mi ternura el himno;  
mas callóse asustado.

La canción a mi lira he demandado,  
mas consonar no pudo el santo nombre.

La tempestad que hiela  
el corazón del hombre  
¿también alcanza, en su funesta ira,  
a humedecer las cuerdas de la lira?...  
Y he de entonar, con todo, mis cantares  
hoy que, rindiendo de su amor el culto,  
de fresco lauro y flores  
todo el mundo corona tus altares!

¿Cuál es el nombre más suave y puro  
que te ha dado en su amor, Señora el hombre?

El te llama Esperanza  
te apellida Consuelo,

Estrella de la Mar, Puerta del Cielo...

Mas ¡ah! que ningún nombre  
con el de Madre a competir alcanza!  
Y tú, Reina del Cielo esclarecida,  
tú quieres que te invoque de esa suerte  
el mísero mortal, nacido en crimen  
y esclavo de la muerte,  
porque probaste el amargor del llanto  
en mísera orfandad. No conducida  
por el Hijo del hombre al Tabor fuíste  
a contemplar el rapto de su gloria;  
mas entre olas de plebe enfurecida  
que baldonaba al Justo  
su infame muerte a presenciar subiste.

La idea del dolor vaticinado  
y del dolor la realidad cumplida,  
formaron de la trama de tu vida  
un martirio espantoso y prolongado.  
De la maternidad el santo gozo  
que a las hijas de Adán acá en la tierra,  
hace entrever el cielo,  
fue para ti amargado  
con imagen de muerte y desconsuelo.

¡Hija del Rey nacida en la pobreza,  
crecida en soledad y en abandono,  
a arropar no bajó tu humilde cuna  
ni un girón de la púrpura del trono!

Peregrina a la tierra  
del cautiverio antiguo de tu pueblo  
vas huyendo del odio de un tirano...

¡Vientos tempestuosos de la Arabia,  
que barréis los inmensos arenales  
del gran desierto con funesta rabia,  
la caravana respetad que lleva  
una mujer, un niño y un anciano!  
¡Nubes! tended encima un denso velo  
que temple del estio los ardores.

¡Oh ángeles! ¡Vosotros  
acompañadla plácidos, el suelo  
donde estampare su menuda huella  
la celetial doncella  
alfonbrado de flores!

Y el frescor grato de sus anchas copas  
tiendan las palmas, y la clara fuente  
su blanca espuma sobre verde grama  
de sus límpidas ánforas derrame  
y a descansar a los viajeros llame.

¿Quién es esa que sube  
de Nazaret a la montaña santa  
con reposada planta,  
hermosa cual la luz cuando amanece  
de aroma envuelta en nacarada nube?  
Ciñe en su frente leda  
rosas que en Jericó la brisa mece;  
sobre sus hombros bellos  
bajan en aureas ondas los cabellos;  
la muelle y suelta seda  
en torno de sus miembros delicados  
en amorosos pliegues se derrama  
al vaivén de los vientos entregados,  
y de la faz de Dios baja a su frente  
un rayo de la Luz indeficiente  
que en claror suavemente la circunda  
y el aire, el mar y el cielo todo inunda.

Sube, santa Mujer, oyendo el coro  
que en tu alabanza vuela  
en la solemne voz del mar sonoro  
y en ecos de los montes empinados,  
y en el són de los ríos despeñados,  
y en las alas undívagas del viento  
que rueda y se levanta  
hasta la última estrella  
que brilla en el confín del firmamento  
y el himno augusto de tu gloria canta:  
¡cayó el Dragón temido! ¡La Doncella  
domó su cuello al fin con firme planta!

¡Salve, de nuestra stirpe protectora,  
que oír no puedes del que ansioso llora  
el ¡ay! desgarrador, sin que tu mano  
las lágrimas enjague bienhechora.

A tí la enfermedad, y el cautiverio  
y la orfandad, y la secreta pena  
que silenciosa el corazón carcome  
hallaron favorable: un hemisferio  
a otro hemisferio cuenta tus piedades  
y la presente edad su voz levanta  
respondiendo a la voz de otras edades  
como cuando en el piélago desierto  
la América se halló: fúnebremente  
la honda sonante de la mar que hervía  
azotaba rabiosa el lado abierto  
de la nao que a Colombo conducía;  
cinco veces el sol negado había  
su resplandor propicio;  
sólo de cuando en cuando iluminaba  
cárdena luz del rayo  
el vórtice insondable  
adonde; rota ya la débil lona,  
la nave el aquilón precipitaba.

«¡Los destinos de un mundo,  
Señora, van allí!» Y oyó clemente  
esa voz de dolor que rasgó el viento  
y apareció en la sombra, y al momento  
cesó del mar el rebramar profundo:  
de oriámbur se tiñe el firmamento;  
tornan de nuevo a desplegar las brisas  
con regalado són su débil ala,  
y por sobre las ondas ya sumisas  
la redimida nave se resbala;  
y con la nueva aurora  
la americana tierra  
tocó por fin la venturosa prora.

Oh! para celebrar bienes tan grandes  
unid, hijos de América, las voces  
al himno reverente del poeta  
que baja de la cumbre de los Andes  
a las ardientes playas  
que el Plata y Rimac baña, y Magdalena,  
y Amazonas terrífico y el Guayas.  
Madres americanas! ¡Ya vosotras  
arrullad vuestros hijos en la cuna  
con la canción sencilla  
a la excelsa señora,  
y Virgen sin mancilla  
del Nuevo Mundo Madre y protectora!

JOSE JOAQUIN ORTIZ

---

## ACTOS OFICIALES

---

### CUENTAS DE LA SINDICATURA

#### AUTO DE FENECIMIENTO

*Corte de Cuentas—Sección 9.<sup>a</sup>—Número 54—Bogotá,  
febrero 28 de 1923.*

La cuenta general de la Sindicatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario relativa al año de 1922, de la cual es responsable el doctor Roberto Cortázar, fue rendida dentro del término establecido por el artículo 337 del Código Fiscal y hallada de acuerdo con las mensuales respectivas.

Las cuentas referentes a los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio y septiembre se declararon corrientes por hallarse ajustadas a las disposiciones legales y reglamentarias que rigen la materia.